



LA NOVELA  
PARAMOUNT

GRETA NISSEN  
ADOLPH MENJOU

Perdida  
y  
ganada



DE MILLE, William C.

# LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas  
de la marca

Núm.

21

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis-BARCELONA

*Lost a Wife, 1925*

## \* PERDIDA Y GANADA

Comedia moderna, interpretada por

Adolph Menjou, Greta Nissen y Robert Agnew  
entre otros notables artistas.

Es un film PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

Paramount Films, S. A.



J. HORTA, impresor-Barcelona

21, 246



# Perdida y Ganada

## Argumento de la película

Antonio Hamilton, un elegante joven norteamericano, se encontraba en una ciudad de Francia, viviendo la existencia alegre que pueden proporcionarse las gentes ricas.

Dos eran sus diversiones favoritas: el juego y las mujeres. Esclavo de ambos placeres, el juego, sin embargo, le atraía con mayor ardor.

Cierta mañana en que se encontraba jugando a los naipes con varios amigos en una de las salitas del hotel, contigua al amplio hall, vió llegar a dos damas, precedidas de unos criados que transportaban numeroso equipaje.

Una de las damas era vieja; la otra, que

se había vuelto de espalda a la salita, parecía joven y esbelta, aunque su rostro era todavía una incógnita.

—Apuesto mil francos que es fea — dijo Hamilton, riendo.

—Jugados...



—Apuesto mil francos que es fea...

Poco después, la desconocida se volvía de frente y Hamilton tuvo que confesar que había perdido. Era la más hermosa mujer que él había visto en el suelo de Francia. Rubia, sus cabellos parecían hebras del sol.

—La conozco — dijo Jorge, un amigo de Hamilton —. Es Carolina Henri, una pre-

ciosa muchacha de París... Pero llegaste tarde, querido. Su mamá la ha prometido ya a un duque gordo y antipático.

—Pues apuesto mil francos a que no se casa con el duque.

Y se levantó con aquella elegancia suya tan personal de conquistador para tener ocasión de acercarse a la chica y hablarla.

No pudo conseguirlo en aquel momento, pues el propio duque en persona, un sujeto de aspecto torpe y nocivo, se acercó a Carolina y los dos entablaron conversación.

Hamilton sonrió; estaba seguro de desbarcarlo en pocas horas.

Aquella noche se celebraba un baile en el hotel. Antes de la hora anunciada, Hamilton entretenía sus ocios jugando a la baraja. Pasó cerca de él, Carolina, y el americano, sonriente y atractivo, se las ingenió para conversar con ella.

Parecía autorizarle la confianza, el vivir juntos en el mismo hotel-casino donde la gente tenía como diversión principal la de relacionarse mutuamente.

Carolina escuchó con complacencia las galantes frases de Hamilton quien no vaciló en usar de los piropos más gentiles para requerir a la damita. Después, sonriendo ante las cartas que se hallaban extendidas sobre una mesita, dijo:

—Señorita, las cartas me indican que en

su vida hay un truhán muy negro, pero el Rey Rojo vela por usted.

—¿Usted sabe? — dijo ella, riendo.

—Y sé que no se casará con el Truhán, si no con el Rey...



...un sujeto de aspecto torpe...

Y señaló la carta y con ligero movimiento se indicó después a sí mismo.

Carolina pareció comprender aquel lenguaje y repuso:

—El Rey de Corazones llega demasiado tarde, señor...

Y marchó, risueña y altiva, dejando en el salón el aroma tibio de su persona.

Ricardo, un amigo de Hamilton, que había presenciado la corta entrevista, dijo:

—Hamilton, llegas demasiado tarde. Estoy seguro de que Carolina no quiere a su duque, que le repugna ese hombre adiposo como un sapo, pero su madre se ha empeñado en casarla con él...

—Apuesto cinco mil francos a que me casaré con ella... y en seguida.

—¡Bravo, Don Juan Tenorio!

—Tal vez esta misma noche... Ya veremos... Pero comienzo a oír los compases de la música; vayamos al salón que es mi campo de batalla.

Bailaban muchas parejas. El duque, incapaz de dar unas vueltas, mantenía conversación con Carolina.

Hamilton dijo a Ricardo:

—Hazme el favor de ir a hablar al duque durante media hora... Cuéntale cuentos... Háblale de cualquier cosa... Yo necesito estar solo con la muchacha.

Ricardo cumplió la orden, y él y el duque desaparecieron hacia un ángulo apartado del salón hablando de negocios comerciales. Y Carolina, ya sola, no tuvo inconveniente en bailar con el apuesto americano.

A aquella muchacha la querían casar por fuerza con el duque de Norton. Carolina y su madre eran pobres, mientras que el aristócrata no sabía qué hacer del dinero. Iba,

pues, a celebrarse una boda por interés, un matrimonio del que estaba ausente el elemento principal: el amor. Y Carolina, incapaz de protestar contra la determinación materna, se resignaba a sacrificar su corazón en aras de la ajena comodidad.

Hamilton sabía todo esto y, hombre de experiencia, iba adueñándose durante el baile del corazoncito de Carolina.

La música parecía acompañar sus palabras como susurrando un brindis de felicidad.

Ella callaba, aturdida, mirándose en los ojos negros de Hamilton, saboreando las palabras cargadas de nostalgia del joven enamorado.

Cuando terminó el baile salieron al jardín. Junto a ella, el yanqui seguía pintándole con ardorosa descripción su amor naciente.

—Usted no nació para ser de un duque feo y antípatico. Usted nació para ser la esposa de un hombre que le proporcione amor, placeres, riquezas... Usted nació para mí.

—No, yo no puedo amarle a usted. Apenas le conozco.

—¿Y qué importa ello? El amor nace en un instante, y es más grande, más intenso cuando más rápidamente surge en el corazón. Yo quiero casarme con usted ahora mismo... esta misma noche...

Y puso tal empeño en convencerla, en rendir su alma de mujer, que media hora des-

pués, ella ya no rechazaba el beso que Hamilton insistentemente la pedía.

El muchacho estaba satisfechísimo; acababa de ganar con creces la apuesta cruzada. Francamente, no es que se sintiese muy enamorado de Carolina, pero nunca desagrada ser



—Yo quiero casarme con usted ahora mismo...

por algún tiempo el marido de una beldad que causa la admiración y la envidia ajenas.

Carolina, romántica, encendida en los amores noviecos, aceptó de buen grado la proposición de él. ¡A casarse en seguida!

Y sin que nadie les viera, marcharon en

automóvil a unir ante el juez sus destinos futuros.

Antes de partir, Hamilton envió a sus amigos una carta participándoles que iba a casarse con Carolina y que se lo participasen a la madre de ella y al duque.

La madre puso el grito en el cielo al conocer la noticia, pero se resignó al explicarle Ricardo que el yanqui era uno de los reyes del dinero en Norteamérica.

El duque mostró su indignación al verse burlado de aquel modo, pero prefirió callar y alejarse del hotel, no queriendo unir al fracaso el ridículo de las burlas de los demás.

Y aquella misma noche, en el tren partían en viaje de bodas los nuevos esposos Hamilton... ¡Les embriagaba la felicidad! Hasta él había olvidado que acababa de ganar a una mujer por apuesta.

\*  
\*\*

Pasaron unos días. Y a la luz de la luna de miel del Sur de Francia, la joven pareja millonaria se imaginaba que en el mundo no había habido esposos felices hasta entonces.

En el restaurán del gran Casino cenaban una noche Hamilton y su esposa. Acercóse a ellos el propietario del establecimiento que conocía

a Hamilton de otras temporadas como uno de los mejores jugadores y le dijo:

—Si usted no juega voy a tener que cerrar el salón... Todos le están esperando. Se extrañan de que un empedernido jugador como usted no toque ahora ni una carta.

—Lo tengo prohibido por el "médico" — dijo Hamilton, riendo y señalando a su esposa.

—Sí, no debes ir — le dijo ella—. Prefiero que me hagas compañía.

Pero como el propietario del Casino insistiera para que hiciese aunque fuera únicamente acto de presencia, Hamilton volvió a sentir la atracción formidable del azar.

—Escúchame, Carolina. ¿Verdad que no te sabrá mal que vaya a jugar unos diez minutos?

—No quiero privarte de este gusto. Pero no tardes más de lo marcado.

—Estoy de vuelta en el acto...

Y se marchó con el dueño a la vecina sala de juego.

Hamilton, en aquellos días de miel, se hallaba verdaderamente enamorado de su esposa. ¡Era guapa y dócil! ¡Un encanto de mujer!

Carolina quedó ante la mesa, resignada a permanecer sola unos momentos.

De pronto, aparecieron en el comedor, el duque, pretendiente desdeñado de Carolina, y

el señor barón Enrique de Vigny, un aristócrata lleno de presumida distinción, hombre de los más ridículos que frecuentaban los salones.

El duque, que conocía la apuesta por la que Hamilton había ganado a aquella mujer, la saludó de lejos, fráamente. El barón, a quien le habían presentado unos días antes a Carolina, acudió a besarla gentilmente la mano.

Ella se levantó dirigiéndose a otra sala. Le importunaba la presencia del duque, antipático y repulsivo.

El duque y el barón quedaron comentando la belleza de Carolina. El barón se sentía realmente enamorado de la hermosa. ¡Qué suertes tenían algunos hombres! ¡Aquel Hamilton!

Una sonrisa de crispada ira se dibujó en el rostro del duque.

—¿No sabe usted que Hamilton se casó con ella para ganar una apuesta?

—¿Es posible?

—Yo se lo contaré a usted...

Y en voz baja, el duque que estaba enterado por Ricardo de todo lo ocurrido, le dió cuenta al barón Enrique de Vigny de los motivos de aquella boda.

Entretanto, Hamilton se había dirigido a la sala de juego y comenzó a revivir en él la impetuosidad del hombre amigo del azar que fija su fortuna a una baraja.

Comenzó a ganar. Luego perdió para seguir con otras alternativas beneficiosas. Y a cada minuto se sentía más ligado a la inquietud avasalladora del juego.

Pasó casi una hora... Unos veinte jugadores se agrupaban alrededor de una mesa sintiendo en sus almas todo el infierno de la emoción. En un momento se veían ricos para encontrarse poco después al borde de la ruina. Algunos se hundían definitivamente en ella; otros lograban asirse al cabo que la fortuna quería enviarles.

Hamilton ganaba, ganaba... Se había propuesto hacer saltar la banca y batir el "record" de los triunfos.

Carolina, en una sala cercana, se impacientaba por la tardanza de él. Rogó al propietario advirtiese a su marido que ella esperaba, y no tardó en recibir contestación.

—El señor Hamilton me dice que haga usted el favor de ir al hotel y que allí le espere.

—Digale que no me moveré de aquí hasta que venga a recogerme.

El propietario transmitió aquellas palabras:

—Su señora dice que no saldrá del Casino hasta que usted deje de jugar.

Hamilton seguía ganando. Pero ante las palabras de su esposa, se dispuso a terminar la partida y regresar con Carolina al hotel.

Uno de los jugadores le advirtió entonces:

—Amigo mío, si se va usted ahora cedien-

do a los deseos de su mujer, no va usted a volver a ganar en toda su vida de casado.

—Tiene usted razón — dijo Hamilton—. Mire — añadió, dirigiéndose al propietario—: Vaya usted a decirle a mi mujer que no dejaré de jugar hasta que ella se haya ido al hotel.

—Perfectamente, señor.

Carolina recibió aquella advertencia, mordiéndose los labios de ira. ¡Pues ella no se movía de allí! ¡En aquella terquedad de los dos sería la mujer la que dijese la última palabra!

Y se dispuso a aguardar en el Casino a que su marido dejara de jugar.

Hamilton, entretanto, se propuso no levantarse de la mesa del juego mientras Carolina no hubiese salido del Casino.

¿Quién iba a ganar en la porfía? La apuesta parecía interesar a todos.

\*

\*\*

Pasó la noche, y el nuevo sol entró con raudales de oro por las ventanas del Casino.

Carolina, firme en sus trece, no se había movido de la salita cercana a la de juego, pasando la noche tumbada en un diván.

Y en la sala de azar, los jugadores, agotados por la persistente partida, seguían apostando cantidades.

El director del Casino entró en la estancia donde estaba Carolina, y ordenó a un camarero:

—Desayuno para el señor Hamilton. Lo tomará mientras juega...

La partida comenzaba a interesar a todo el mundo. Aquella lucha entre marido y mujer, él no queriendo abandonar el juego mientras su esposa no regresara al hotel, y ella dispuesta a no marcharse mientras su marido no dejara la mesa de juego, era un acontecimiento inesperado que tenía la virtud de hacerse emocionante.

Hamilton jugaba tranquilamente. Perdía y ganaba a ratos... pero lo esencial era seguir la partida hasta que se marchara su mujer. Los otros jugadores iban renovándose, fatigados por el duro esfuerzo de la apuesta.

El barón de Vigny entró en la sala donde estaba Carolina y la saludó. Esta, con un rictus de furor en los labios, le dijo:

—¿Por qué no está usted allá dentro con los demás jugadores?

—Yo no tengo la mala costumbre de jugar, señora... No soy víctima de esa debilidad humana.

—¡Dichoso de usted!

El barón había entrado con un hermoso pe-

rró que Carolina acarició y al que dió de comer algo del desayuno que habían traído para ella.

—Me alegra ver que la señora comparte conmigo el amor a los animlaes — dijo el barón.



Hamilton jugaba tranquilamente.

Después, como ella manifestase cierto deseo de quedarse sola, el barón se alejó. Y Carolina sintió una profunda desesperación al ver que en la sala vecina, su marido prefería el juego más que a ella.

Y pasaron dos días más... Y en la noche

del tercer día, todo seguía lo mismo, con excepción del tiempo.

Los jugadores se habían ido renovando ante las partidas interminables... Antonio Hamilton se mantenía firme en su puesto como centinela del azar.



—¿Por qué no está usted allá dentro con los demás jugadores?

Ya que su esposa permanecía en la sala contigua, esperándole a él, Hamilton la obligaría a que se rindiese. Era un puntillo de honra aquella apuesta.

Mientras jugaban, Hamilton se afeitó ante un espejito... Era preciso hacerse la "toilet-

te", pero mantenerse en su puesto con verdadero heroísmo. ¡Y jugar, jugar siempre! Había ganado mucho, pero ésto no le importaba. Lo interesante era rendir a su mujer.

Se caía de sueño pero proseguía en su lugar.

El barón de Vigny se acercó a Carolina y al verla soñolienta y abatida, le dijo, ofreciéndole un bastón:

—Me gustaría dar unos cuantos azotes a su marido por hacerla sufrir a usted de este modo.

—¡Un bastón, no! — protestó ella. Quisiera tener un látigo... Hace ya setenta y tres horas que comenzó a jugar, y sabe que yo le espero...

El barón se alejó para ir a comprar un látigo.

Poco después llegaba una doncella con un paquete de ropa para Carolina que ella había pedido al hotel.

Era un batín de su marido. Carolina puso en uno de sus bolsillos una sortija y luego llamando a un criado ordenó que entregasen la prenda a Hamilton.

Este sonrió al ver la previsión de su mujer y despojándose del frac se puso el batín para estar más cómodo.

Le rendía el más terrible sueño, pero mientras se enterara de que su esposa estaba en el Casino, él no marcharía tampoco.

¡Era ya cuestión de resistencia!

Carolina telefoneó a la policía:

—Me he encontrado a faltar una sortija — dijo —. Traigan una orden de registro pues sospecho quien me la robó.

El barón volvió a ella y le entregó un pequeño látigo. Carolina agradeció el re-



—Me gustaría dar unos cuantos azotes a mi marido...

galo y esperó la llegada de la policía. Tenía un plan para obligar a Hamilton a dejar el juego.

Llegó un agente y Carolina le dió cuenta de que le había desaparecido una sortija y que tenía sus sospechas de que se

la había robado un tal Hamilton. Tuvo buen cuidado en ocultar que éste era su marido...

Entró el agente en la sala de juego y dijo al americano:

—Señor Hamilton, soy comisario de policía y le ordeno a usted que salga. Tengo que interrogarle.

Junto al policía estaba Carolina, sonriente, contenta de que al final, dejase Hamilton la partida de juego.

Malhumorado, sin comprender aquella intervención de la ley, Hamilton salió a la contigua habitación.

Le registró el policía y le encontró una sortija en el bolsillo del batín.

—¿Cómo tiene usted esta sortija? Tendrá usted que seguirme a la delegación.

Hamilton quiso protestar contra el maquiavélico plan de su esposa para que abandonase el juego, pero ella le dijo:

—Ahora irás a la cárcel tranquilamente y yo iré a verte.

—¡Me alegra mucho de tener una esposa tan lista, que se ha salido con la suya!

—¿Es usted su esposa? — dijo el policía, aterrado.

—Sí...

—Pues siento mucho no poder complacer a usted, señora. En Francia la ley no permite que una esposa presente una de-

manda criminal contra su propio marido.

Y se alejó respués de pedir mil perdones.

—Por lo menos he logrado que dejase de jugar — dijo Carolina, furiosa por su derrota.

El conciliador, suplicó:

—Amor mío, eres encantadora, hermosa, adorable y todo lo que quieras, pero eres terriblemente terca. ¿Quieres hacer el favor de irte al hotel?

—No...

—¿Es que no me amas?...

—Sí, te amo, pero no quiero que me mandes.

Y esgrimió el látigo pronto a hacerlo caer sobre él.

—Te apuesto mil francos que no me das con el látigo en la cara.

—Eres irresistible.

—Yo me vuelvo a la sala de juego. Haz lo que te parezca.

Se marchó. Y Carolina quedó furiosa, viéndose vencida de nuevo. Pero no; ella no se marchaba, seguiría allí en su puesto.

Pasaron las horas. De pronto unos criados entraron en la sala donde estaba Carolina una cama y le entregaron una carta.

“Mi adorable y afligida señora: Deseando evitarle a usted la molestia de pasar otra noche sentada en un sofá, le ruego

acepte esta cama como prueba de respeto y simpatía.

Enrique de Vigny”.

Ella, fatigada, se dejó caer en aquel lecho, y empezó a llorar... mientras en la sala cercana. Hamilton seguía jugando, imperturbable.

Poco después entraba el barón de Vigny a quien ella agradeció el obsequio.

—¡Es muy cruel conmigo ese hombre! ¡Yo no sé por qué se casó! — dijo.

—Se casó con usted por ganar una apuesta de cinco mil francos que hizo — respondió Vigny, con toda intención.

—¿Es posible? ¡Oh, el miserable! Ya no quiero saber nada más de él. Me voy con mi madre.

Escribió unas breves líneas en una tarjeta y abandonó el hotel, acompañada del barón de Vigny.

Minutos después, un criado entraba una cartita a Hamilton. Este leyó:

“Adiós para siempre. Me voy con mi madre y no quiero volverte a ver en mi vida.

Carolina”.

Hamilton suspiró. Estaba extenuado. Mas, por fin, había obtenido la victoria, a costa, no se daba cuenta en aquel instante, de su amor.

—Señores — dijo —, se acabó el juego. Mi mujer se ha marchado del Casino

Y cesó la partida mientras Hamilton buscaba fuerzas bebiendo una última copa de licor.

El barón había marchado a París, acompañando a Carolina a casa de su madre. Despues de dejar a la muchacha en aquel hogar, dijo el barón a la madre:

—Ella ha dejado al marido... Cuando haya obtenido el divorcio, espero que me permitirá usted que vuelva para hacerla feliz.

—Ya lo veremos...

El barón se retiró lleno de esperanza.

Pocos días después, Carolina, que había comenzado a pedir los trámites del divorcio, recibió un telegrama de su marido:

“Recibí cablegrama de América avisándome mi padre está gravemente enfermo. Indispensable regrese en seguida. Suplico te regresar conmigo. Te amo.

Antonio”.

Pero ella no fué. Aunque le amaba, había agotado su paciencia con su terco empeño. Nada quería saber de él.

\*\*

Pasó un año... durante el cual Hamilton vivió en Nueva York. Su madre se había

salvado. Con profunda melancolía, el joven había tenido que separarse de su mujer; y la quería tanto!

Un día recibió un telegrama:

“Felicitaciones por divorcio concedido ya. Tu ex esposa se casará el día diez con el barón.

Ricardo”.

—¡Oh, no es posible! ¡Yo no debo tolerar tal boda! — dijo el muchacho. — Yo no he autorizado ese divorcio.

Y aquel mismo día tomó pasaje para París, dispuesto a impedir el casamiento.

En realidad él seguía queriendo a Carolina. ¿No fué una estupidez lo que les separó?

Llegó el día diez.

Celebróse el matrimonio entre Carolina y el barón de Vigny. Ella no iba muy satisfecha a la ceremonia, mas, por despecho, se casaba. Además, su madre le había aconsejado que tal hiciese puesto que el barón era millonario.

Terminada la ceremonia todos regresaron al castillo del barón.

Hamilton había llegado aquel día a París y en compañía de su amigo Ricardo se dirigió al juzgado para impedir el casamiento. ¡Empeño inútil! La ceremonia había terminado mucho antes.

—Pues yo he de arrancar a mi Carolina de manos de ese necio — dijo —. Tengo un plan. Iremos al castillo... Me fingiré herido, cualquier cosa... Tendrán que hospedarme en su casa. El barón no me conoce, de modo que, de ahora en adelante, voy a llamarme Juan Smith, el Diablo de la Pista.

Ricardo le hizo reflexiones queriendo rechazar su plan, pero Hamilton, dispuesto a todo para conseguir de nuevo el amor de Carolina, se negó a escucharle.

A media tarde llegaba ante el castillo del barón de Vigny, situado en las afueras de París. Se apoyaba dificultosamente en su amigo Ricardo y se quejaba de fuertes dolores en la pierna, a causa de un "accidente" automovilista.

—No puedo andar, me es imposible... un médico — murmuró al entrar en la casa y dirigiéndose al barón.

Ricardo, que conocía de antiguo al barón, presentó a Hamilton como al famoso corredor de "autos" Juan Smith. Y el barón, que era un gran aficionado a las carreras, se brindó muy generosamente a darle hospitalidad.

—Voy a telefonear inmediatamente al doctor. Tal vez no sea nada lo de la pierna — dijo.

Entró Carolina en la estancia y retrocedió, atemorizada, al ver a su primer mari-

do allí. ¿Qué buscaba aquel hombre? ¿Qué venía a hacer allí en su primer día de casada con el barón?

Vigny, sin sospechar nada, le presentó a ella.

—El famoso corredor Smith... Mi esposa... El pobre — agregó — acaba de sufrir un accidente en el "auto". Voy ahora mismo a avisar al doctor.

Se alejó de allí, acompañado de Ricardo que iba — dijo — a arreglar el coche.

Carolina y su primer marido quedaron solos.

—Pero, ¿qué es eso? ¿Por qué has venido? ¿Cómo fué ese accidente?

El rió alegremente, levantándose e iniciando unas piruetas.

—De muy buena gana me habría roto las piernas si con ello hubiese podido romper tu boda con ese necio.

—Tú tienes la culpa de cuanto sucede — le dijo ella —. Y ahora ya no hay remedio.

—Pero, ¿es posible que ames a ese barón perfumado y ridículo? ¿Tan mal gusto tienes?

—Es mi marido y debes respetarlo. Y te ruego que te alejes de aquí ahora mismo. ¿No sabes que me he casado esta mañana?

—Este es el objeto que me hace permanecer aquí. Yo no quiero dejarte a solas con el barón.

—¡Silencio!

Hamilton corrió a sentarse de nuevo, apagando el barón, quien dijo:

—El doctor no podrá venir hasta mañana, de modo que tendrá usted que quedarse a pasar aquí la noche.

Hamilton simuló no aceptar, pero instigado por el barón, accedió finalmente. No así Ricardo, quien temió que aquella noche ocurrieran graves sucesos en el castillo y prefirió volver a París.

Carolina, en un rincón, parecía no atreverse a mirar a Hamilton. Tenía un miedo atroz. Vigny dijo, sonriente:

—Mi esposa es muy tímida con los hombres. La rescaté de las garras de un salvaje que la trataba brutalmente.

Hamilton rió por lo bajo, mientras ella le contemplaba con indignación.

¡Y aquella noche... era la famosa noche de bodas!

Después de cenar, Hamilton se despidió del matrimonio y marchó al cuarto que le designaron. Tenía una extraña y picaresca sonrisa en el mirar.

Después, Carolina se dirigió a su habitación y el barón, temblando de felicidad, no tardó en aparecer en la alcoba.

Carolina estaba horrorizada. La presencia del primer esposo en el castillo, le hacía recordar que únicamente a él amaba, a

pesar de su divorcio. Y ahora al verse frente al barón, notaba una indiferencia glacial para este hombre que la miraba ilusionado.

Ella en el momento de entrar el barón, vió que se movían las cortinas del fondo de la alcoba y que se entreabrián, apareciendo en ellas la figura de Hamilton.

Se volvió pálida como la muerte sintiendo un nudo en su garganta. ¿Qué hacía allí aquel hombre?

—Estás titilando — dijo el barón, acariciándola.

—No, no tengo nada. Los nervios. Oye, Enrique — dijo —, cuando me siento nerviosa, jugando a cartas, a veces me calmo. Jugaremos un poco.

—¡Extraño capricho! ¡Pero voy por los naipes!

Salió y Carolina vió, asustada, que Hamilton avanzaba hacia ella.

—¿Qué haces? — dijo ella —. ¡Márchate! ¡Vete de aquí!

—Ni pensarlo. ¿Cómo voy a dejarte sola en una situación peligrosa como esta?

—Eres un miserable.

—Te divorciaste sin mi consentimiento y yo me niego a aceptar el divorcio como válido. Tú me amas aún.

—¡No es verdad! ¡Te odio!

—¿Por qué mientes? Se te conoce en los ojos. ¡Me quieres!

Sonaron pasos y temió Carolina que la noche nupcial acabase en tragedia.

—¡Escondete, por Dios!

Hamilton volvió a esconderse tras las rojas cortinas.

Apareció el barón llevando un juego de naipes. Sentóse con su mujer ante una mesita.

El barón la miraba con dulce amor... En aquel instante maldecía los naipes y quien los inventó. ¡Vamos, se necesitaba valor para entretenerte en jugar a cartas a aquella hora!

Como pretendiera abrazarla, ella le rechazó diciendo:

—¡Déjame, por Dios, estoy nerviosísima! Juguemos un poco ahora.

Comenzaron a jugar y Carolina dijo, de pronto, mirando fijamente las cortinas:

—Yo quisiera poder olvidar a mi primer marido. ¡Aquel ogro! ¡Ah, cuando caí en manos de aquel bandido, era una chiquilla inocente!

Apareció entre cortinas el semblante burlón de Hamilton quien hizo un signo negativo.

Como el barón se hallaba de espaldas a él, no le vió.

—Si, un bandido — rugió Carolina—. Me

conquistó con mentidas promesas y se fugó conmigo! Oye, ¿tienes un revólver?

Hamilton, en su escondite, sonreía. ¡Tal vez los nervios vibraban demasiado!

Vigny le dió el revólver y le dijo:

—Cálmate, mujer, ¿es que temes a los ladrones?

—O a algo peor. ¡No sé!

Guardó el arma bajo la almohada y de pronto llamaron a la puerta. Era uno de los criados que comunicaba al barón que había fuego en una propiedad vecina.

Vigny, ante el temor de que se propagase el incendio, se despidió de su mujer, hasta más tarde.

—Hay fuego... regresaré pronto.

Carolina suspiró y bendijo el incendio que acababa de separarla de su marido. Pero Hamilton salió tan pronto hubo desaparecido el barón.

—Márchate inmediatamente! — dijo ella.

— ¡Eres un canalla, márchate!

—Mañana, cuando haga sol, ¿entiendes?

— le respondió Hamilton, cerrando la puerta con llave—. ¡Eres mi mujer y no tienes más remedio que conformarte!

—Yo me divorcié. ¿Olvidas que estoy casada con otro hombre?

—No aprobé el divorcio. Tú me quieras, fué una tontería lo que nos separó... Y te doy cinco minutos de tiempo para que me

des un beso y hagamos las paces como buenos esposos... Apuesto mil francos a que volverás a ser mía.

—Sea... — dijo ella, con gran agitación.

Se sentaron ante la mesa y él perdió...

Pero tras esta partida vino otra y otra, y el mismo frenesí que tuviera Hamilton aquella noche en el Casino, no importándole entonces perder a Carolina, lo sentía ahora para reconquistar a su mujer.

Acabó perdiendo hasta el último franco. Una vez ganó a su mujer por una apuesta, y ahora la perdía...

Pero, a pesar de todo, Carolina le amaba. Y al verle abatido ante ella, dispuesto a marcharse por haberla perdido, sintió renacer el amor que les unió un día.

¡Era una locura haberse separado y divorciado por una cuestión de terquedad! Hamilton, desconsolado, habló:

—Te aseguro formalmente que te amo, Carolina. Si tú loquieres, no volveré nunca más a tocar una carta. Haré todo lo que me digas, pero no puedo vivir sin ti. Te he perdido... y me tendrá que resignar a dejarte, pero te adoro...

—No sé, Antonio — dijo ella, vacilante—. Tengo miedo, miedo de amarte y de volver a ser tan desgraciada.

—Yo te haré feliz. ¡Ni una carta! ¿Prefieres el barón, a ese hombre presumido y

antipático, a mí que te he querido de veras? ¡Despierta! Aun podemos amarnos.

Alguien llamaba a la alcoba. Hamilton, habiendo visto sonreir a Carolina, satisfecho y jovial, fué a abrir. Era el barón de Vigny.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está mi esposa? — dijo el barón.

—Mi esposa está aquí... Yo soy Antonio Hamilton y he venido a recobrar a mi mujer.

Y abrazó a Carolina que, ya sin ánimos para defenderse, se dejó caer en sus brazos.

El barón, furioso, gritó, viendo la actitud de su mujer:

—¿Vas a dejarme a mí por este... bandido? ¿Qué es eso? ¿Te has vuelto loca, Carolina?

—¡Cuidado con lo que se dice, señor! — protestó Hamilton.

—Lo siento mucho, Enrique — dijo ella, tristemente—, pero prefiero ser desgraciada con él que feliz contigo.

—¡Parece mentira! ¡Enamorarte de un jugador! — rugió el barón.

—Ya no volveré a tocar una carta, señor mío. Se lo he prometido a mi mujer. No expondré mi dicha tontamente, nunca más, para que otros se aprovechen...

El barón, comprendiendo que era inútil

defenderse, se alejó tristemente, mientras Carolina y Hamilton se unían en estrecho abrazo.

Iban a anular el segundo casamiento, puesto que se había efectuado sin la autorización del primer marido, y a vivir juntos la dicha que marcará el destino para ellos.

FIN

Próximo número:

La sentimental novela

## Nueva York

por Ricardo Cortez, Lois Wilson  
Estelle Taylor, etc.

Esta semana, en *Los Grandes Films*, la preciosa novela

## EL CADETE MAS VALIENTE

por Richard Barthelmess

Pida a su librero los dos últimos grandes éxitos de las

EDICIONES ESPECIALES DE  
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

## Ben-Hur y El Demonio y la Carne

y el último volumen publicado en la Biblioteca «Nuestro Corazón»

## LECCIONES DE LA VIDA

Ediciones  
BISTAGNE